

Embaucadores, mercachifles y un poco de historia

Norman G. Finkelstein.*

“La conciencia del Holocausto”, como señala el reputado escritor israelí Boas Evron, es en realidad “un adoctrinamiento propagandístico oficial, una producción masiva de consignas y falsas visiones del mundo, cuyo verdadero objetivo no es en absoluto la comprensión del pasado, sino la manipulación del presente”. En sí mismo, el holocausto nazi no promueve ningún programa político concreto. Puede, con la misma facilidad, motivar la oposición o el apoyo a la política israelí. Pero, refractada a través de un prisma ideológico, “la memoria del exterminio nazi” llegó a convertirse, en palabras de Evron, “en poderosa herramienta en manos de los dirigentes israelíes y los judíos del extranjero”¹. El holocausto nazi se convirtió en el Holocausto.

Dos son los dogmas fundamentales que sustentan la estructura del Holocausto: (1) el Holocausto constituye un acontecimiento histórico categóricamente singular; (2) el Holocausto marca el climax del eterno e irracional odio gentil a los judíos. En el discurso público previo a la guerra de junio de 1967, no se encuentra ni rastro de estos dogmas, y, aunque luego llegaron a convertirse en pilares de la literatura sobre el Holocausto, tampoco se encuentra rastro de ellos en los estudios serios sobre el holocausto nazi². Por otra parte, ambos dogmas se basan en tendencias importantes del judaísmo y del sionismo.

En la época inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial, el holocausto nazi no se categorizó como fenómeno singularmente judío, y mucho menos como una singularidad histórica. La comunidad judía organizada de EE UU, en concreto, hizo lo imposible por enmarcarlo en un contexto universalista. Pero, después de la guerra de junio, la solución final nazi se situó en un marco radicalmente distinto. “La idea principal y primera que surgió de la guerra de 1967, y que llegaría a ser

* En: Finkelstein, Norman G. *La industria del holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores. Primera edición en español, 2002. Capítulo 2, pp. 47 – 87.

¹ Boas Evron. “*Holocaust: The uses of disaster*”, *Radical America*, julio – agosto de 1983, p. 15.

² Véase en Finkelstein y Birn, *Nation*, primera parte, sección 3, una diferenciación entre la literatura sobre el Holocausto y los estudios serios sobre el holocausto nazi.

emblemática, del judaísmo estadounidense”, según rememora Jacob Neusner, fue que “el Holocausto [...] era algo único, sin parangón en la historia de la humanidad”³. En un ensayo revelador, el historiador David Stannard ridiculiza la “pequeña industria de los hagiógrafos del Holocausto que argumentan con toda la energía y la ingenuidad de los fanáticos religiosos que la experiencia judía fue única”⁴. A fin de cuentas, no es difícil demostrar que el dogma de la singularidad es absurdo.

En un nivel básico de análisis, todo acontecimiento histórico es único, aunque sólo sea en virtud de sus coordenadas espacio-temporales, y, a la vez, todo acontecimiento histórico posee rasgos distintivos y rasgos compartidos con otros hechos históricos. La anomalía del Holocausto es que su singularidad se considere absoluta. ¿Qué otro hecho histórico; cabría preguntar, se clasifica básicamente en función de su categórica singularidad? La estrategia utilizada es aislar los rasgos distintivos del Holocausto con objeto de situarlo en una categoría exclusiva. Lo que queda por esclarecer es por qué muchos de los rasgos que tiene en común con otros acontecimientos se consideran triviales en comparación con los que lo singularizan.

Todos los teóricos del Holocausto están de acuerdo en señalar que el Holocausto es algo único, pero pocos, si es que hay alguno, se ponen de acuerdo al explicar los motivos de que así sea. Cada vez que un argumento en pro de la singularidad del Holocausto es refutado, enseguida se aduce otro nuevo para sustituirlo. Y el resultado de esto es, según Jean-Michel Chaumont, que hay múltiples argumentos contradictorios que se anulan entre sí: “El conocimiento no se acumula. Por el contrario, el argumento nuevo que trata de superar al anterior siempre parte de cero”⁵. Dicho de otro modo: la singularidad es una premisa básica de la estructura del Holocausto; la tarea que debe realizarse es demostrar su veracidad, en tanto que demostrar su falsedad equivale a negar el propio Holocausto. Tal vez el problema radica en la premisa, y no en las pruebas. Aun cuando el Holocausto no fuera un

³ Jacob Neusner (ed.), *Judaism in Cold War América, 1995-1990*, vol. II: *In the Aftermath of the Holocaust*, Nueva York, 1993, p. VIII.

⁴ David Stannard, “Uniqueness as Denial”, en Alan Rosenbaum (ed.), *Is the Holocaust Unique?*, Boulder, 1996, p. 193.

⁵ Jean-Michel Chaumont, *La concurrence des victimes*, París, 1997, pp. 148-149. La disección que hace Chaumont del debate sobre la “singularidad del Holocausto” es un auténtico tour de force. Sin embargo, su tesis fundamental no persuade, al menos en lo que atañe al ámbito estadounidense. Según Chaumont, el fenómeno del Holocausto tuvo su origen en una búsqueda de reconocimiento público para los sufrimientos pasados que los judíos supervivientes emprendieron con retraso. Mas lo cierto es que los supervivientes apenas tuvieron nada que ver con el impulso inicial que colocó el Holocausto en el primer plano de la actualidad.

fenómeno único, ¿qué más daría? Si el holocausto nazi no fuese el primer acontecimiento de su categoría, sino el cuarto o el quinto en una serie de catástrofes comparables, ¿cómo se modificaría nuestra visión del mismo?

La última adición a los alegatos en favor de la singularidad del Holocausto es *The Holocaust in Historical Context*, de Steven Katz. Citando casi cinco mil títulos en el primero de los tres volúmenes proyectados para su estudio, Katz da un repaso a toda la historia humana con objeto de demostrar que “el Holocausto es fenomenológicamente único en virtud del hecho de que nunca antes había sucedido que un Estado se propusiera, tanto en el plano de los principios intencionales como en el de la política práctica, aniquilar físicamente a todo hombre, mujer y niño pertenecientes a un pueblo concreto”. Con objeto de clarificar su tesis, Katz explica: “ Φ es singularmente C. Φ puede compartir A, B, D... X con Δ , pero no puede compartir C. Y, además, Φ puede compartir A, B, D... X con todos los Δ , pero no puede compartir C. Todo lo esencial depende, por así decirlo, de que Φ sea singularmente C [...]. Si a Π le falta C, ya no es Φ [...]. Por definición, no se permiten excepciones a esta regla. Al compartir A, B, D... X con Φ puede ser como Φ en estos y otros aspectos [...], pero, en lo que concierne a nuestra definición de *singularidad*, cualesquiera Δ los que les falte C no son Φ [...]. Como es lógico, Φ en su totalidad es algo más que C, pero nunca será Φ si le falta C”. Traducción: un hecho histórico que contiene un rasgo distintivo es un hecho histórico distinto. Para evitar toda confusión, Katz pasa luego a explicar que emplea el término *fenomenológicamente* “en un sentido que no es husserliano, ni shutzeano, ni scheleriano, ni heideggeriano, ni merleau-pontyano”. Traducción: el estudio de Katz es un sin sentido fenomenal”⁶. Aun cuando la evidencia sustentara la tesis fundamental de Katz, y no es así, eso sólo demostraría que el Holocausto contiene un rasgo distintivo. Y lo verdaderamente raro sería que no fuera así. Chaumont deduce que el estudio de Katz no es más que “ideología” disfrazada de “ciencia”, y de esto vamos a hablar más a continuación⁷.

De afirmar que el Holocausto es algo único a aseverar que no se puede comprender racionalmente apenas hay un paso. Si el Holocausto carece de precedentes históricos, habrá que colocarlo por encima de la historia y no podrá ser

⁶ Steven T. Katz. *The Holocaust in historical context*. Oxford. 1994. pp. 28, 58,60.

⁷ Chaumont, *La concurrence*, p. 137.

explicado con la lógica histórica. De hecho, el Holocausto es único porque es inexplicable, y es inexplicable porque es único.

Estas mistificaciones, denominadas por Novick “la sacralización del Holocausto”, tienen a su mejor representante en Elie Wiesel. Tal como observa Novick con acierto, para Wiesel, el Holocausto es, efectivamente, una religión misteriosa. Wiesel salmodia que el Holocausto “conduce a la oscuridad”, “niega todas las preguntas”, “se sitúa fuera, si no más allá, de la historia”, “es imposible tanto de comprender como de describir”, “no puede ser explicado ni visualizado”, nunca será “comprendido ni transmitido”, marca la “destrucción de la historia” y una “mutación de escala cósmica”. Sólo el sacerdote-superviviente (léase: sólo Wiesel) está capacitado para desentrañar su misterio. Y, aun así, reconoce Wiesel, el misterio del Holocausto es “incomunicable”; “ni siquiera podemos hablar de él”. Por tanto, a cambio de una tarifa de 25.000 dólares (más una limusina con chofer), Wiesel da conferencias en las que desvela que el “secreto de la verdad” de Auschwitz “radica en el silencio”⁸.

Según esta interpretación, comprender racionalmente el Holocausto equivaldría a negarlo. Pues la racionalidad refuta la singularidad y el misterio del Holocausto. Y comparar el Holocausto con los sufrimientos de otros grupos es, en opinión de Wiesel, una “traición absoluta a la historia judía”⁹. Hace unos años, la parodia de un tabloide de Nueva York llevaba el siguiente titular: “Michael Jackson y sesenta millones más mueren en holocausto nuclear”. En la sección de cartas al director se publicó una airada protesta de Wiesel: “¿Cómo se atreven a llamar Holocausto a lo que sucedió ayer? Sólo ha habido un Holocausto [...]”. En sus nuevas memorias, Wiesel demuestra que la realidad puede imitar la parodia al reconvenir a Simón Peres por hablar “sin la menor vacilación de “los dos holocaustos” del siglo XX: Auschwitz e Hiroshima. No debería haberlo dicho”¹⁰. Una de las frases favoritas acuñadas por Wiesel dice así: “La

⁸ Novick, *The Holocaust*. pp. 200-201. 211-212. Wiesel, *Against Silence*, vol. I. pp. 158, 211, 239. 272, vol. II. pp. 62, 81. 111, 278, 293, 347, 371, vol. III, pp. 153, 243. Elie Wiesel. *All river run to the sea*, Nueva York, 1995. p.89. La tarifa de Wiesel nos ha sido comunicada por Ruth Wheat, de la Agencia de Conferencias Bnai Brith. “Las palabras -según Wiesel- son una aproximación horizontal, en tanto que el silencio nos ofrece una aproximación vertical. Te sumerges en él”. ¿Se lanzara Wiesel en paracaídas sobre sus conferencias?

⁹ Wiesel, *Against Silence*, vol. III, p. 146.

¹⁰ Wiesel, *And the Sea*, p. 95. Comparemos estas dos noticias:

Ken Livingston, antiguo miembro del Partido Laborista que se presenta como independiente a las elecciones para la alcaldía de Londres, ha encolerizado a los judíos británicos al decir que el capitalismo global ha provocado tantas víctimas como la segunda guerra mundial. “El sistema financiero internacional mata cada año a más personas de las que perecieron en la segunda guerra mundial, pero al menos Hitler estaba loco, ¿no es así?” [...] John Butterfill, parlamentario conservador, dijo que estas declaraciones de Livingston eran “un insulto para todas las personas que fueron asesinadas y perseguidas por Adolf Hitler”.

universalidad del Holocausto radica en su singularidad”¹¹. Mas, si el Holocausto es incomparable e inexplicablemente único, ¿cómo puede tener una dimensión universal?

El debate sobre la singularidad del Holocausto es estéril. Los razonamientos a favor de la singularidad del Holocausto han llegado a constituir una especie de “terrorismo intelectual” (Chaumont). Quienes ponen en practica los procedimientos comparativos al uso en la investigación académica deben, como medida previa, hacer infinidad de advertencias para evitar que les acusen de “trivializar el Holocausto”¹².

La premisa de que la maldad del Holocausto no tiene parangón es un subapartado de la argumentación que sostiene que el Holocausto es un fenómeno único. Por muy terribles que hayan sido los sufrimientos de otros, sencillamente no son comparables. Claro esta que los defensores de la singularidad del Holocausto siempre niegan esta implicación, mas sus refutaciones no son sinceras¹³.

Las argumentaciones que defienden la singularidad del Holocausto son insostenibles desde el punto de vista intelectual y deshonrosas desde el punto de vista moral, más, a pesar de todo, perduran. Y hay que preguntarse por qué. En primer lugar, un sufrimiento especial confiere unos derechos especiales. En opinión de Jacob Neusner, la maldad incomparable del Holocausto no sólo sitúa a los judíos como un

Además Butterfill afirmó que las acusaciones lanzadas por Livingstone contra el sistema financiero global encerraban claras alusiones antisemitas (“Livingston’s Words Anger Jews” *International Herald Tribune*, 13 de abril de 2000).

El presidente cubano, Fidel Castro [...] acusó al sistema capitalista de provocar año tras año tantas muertes como la segunda guerra mundial al volver la espalda a las necesidades de los pobres. “Las imágenes que vemos de madres y niños de regiones enteras de África sometidas al azote de las sequías y otras catástrofes nos recuerdan los campos de concentración de la Alemania nazi.” Refiriéndose a los tribunales que juzgaron los crímenes de guerra después de la segunda guerra mundial, el dirigente cubano dijo: “No tenemos un Nuremberg que pueda juzgar el orden económico que se nos ha impuesto, en el que cada tres años mueren de hambre y de enfermedades que podrían prevenirse más hombres, mujeres y niños de los que murieron en la segunda guerra mundial”. [...] En Nueva York, Abraham Foxman, director nacional de la Liga Anti-Difamación, dijo: [...] “la pobreza es grave, dolorosa y puede ser mortal, pero no es lo mismo que el Holocausto ni que los campos de concentración”. (John Rice, “Castro Viciously Attacks Capitalism”, *Associated Press*. 13 de abril de 2000.)

¹¹ Wiesel, *Against Silence*, vol. III, pp. 156, 160, 163, 177.

¹² Chaumont, *La concurrence*, p. 156. Chaumont señala asimismo con acierto que la defensa de la inconcebible maldad del Holocausto es irreconciliable con la afirmación concomitante de que sus perpetradores eran absolutamente normales (p. 310).

¹³ Katz, *The Holocaust*, pp. 19, 22. “Trata de argumentar que la defensa de la singularidad del Holocausto no es una comparación ofensiva equivale a adentrarse en el terreno de las ambigüedades -observa Novick-. ¿Quién cree que defender la singularidad *no* equivale a defender la superioridad?” (cursiva en el original). Lamentablemente, el propio Novick incurre en comparaciones ofensivas. Sostiene que, aunque sea un asusto moralmente elusivo en el contexto estadounidense, “la repetida afirmación de, que todo lo que los Estados Unidos puedan haberles hecho a los negros, a los nativos norteamericanos, a los vietnamitas y a otros palidece en comparación con el Holocausto es una afirmación verídica (*The Holocaust*, pp. 197. 15).

grupo aparte, sino que también les otorga “derechos sobre los demás”. Para Edward Alexander, la singularidad del Holocausto es un “capital moral”; los judíos deben “reclamar su soberanía” sobre esta “valiosa propiedad”¹⁴.

La singularidad del Holocausto -este “derecho” sobre los demás, este “capital moral” - es, en efecto, la mejor coartada de Israel. “La singularidad del sufrimiento judío -arguye el historiador Peter Baldwin-- refuerza las exigencias morales y emocionales que Israel puede hacer [...] a otras naciones”¹⁵. Así pues, según Nathan Glazer, el Holocausto, al poner de manifiesto la “peculiar singularidad de los judíos”, les otorgó el “derecho a considerarse especialmente amenazados y particularmente merecedores de cualesquiera esfuerzos necesarios para la supervivencia”¹⁶ (cursiva en el original). Por citar un ejemplo típico: siempre que se explica la decisión de Israel de crear armas nucleares, se evoca el fantasma del Holocausto¹⁷. Como si fuera el único motivo de que Israel quisiera convertirse en potencia nuclear.

Hay un factor más en juego. Afirmar la singularidad del Holocausto es como declarar que los judíos son especiales. No es el sufrimiento de los judíos el que concede su condición única al Holocausto, sino el hecho de que los judíos sufrieran. Dicho de otro modo: el Holocausto es especial porque los judíos son especiales. En este sentido, Ismar Schorsch, rector del Seminario Teológico Judío, ridiculiza el alegato en favor de la singularidad del Holocausto diciendo que es “una desagradable versión profana de la condición de pueblo elegido”¹⁸. Elie Wiesel derrocha vehemencia para defender la excepcionalidad del Holocausto, y tampoco la escatima a la hora de hablar de la excepcionalidad de los judíos. “En nosotros, todo es diferente.” Los judíos son “ontológicamente” especiales¹⁹. Como hito que señala el clímax del odio gentil milenario hacia los judíos, el Holocausto dio testimonio no sólo del sufrimiento singular de los judíos; sino también de la singularidad judía.

¹⁴ Jacob Neusner, “A “Holocaust” Primer”, p. 178. Edward Alexander, “Stealing the Holocaust”, pp. 15-16, en Neusner, *Aftermath*.

¹⁵ Peter Baldwin (ed.). *Reworking the Past*. Boston, 1990, p. 21.

¹⁶ Nathan Glazer; *American Judaism*, 2º ed. Chicago, 1972. p. 171.

¹⁷ Seymour M. Hersh, *The Samson Option*, Nueva York, 1991, p. 22. Avner Cohen, *Israel and the*

¹⁸ *Bomb*, Nueva York, 1998. pp. 10, 122, 342.

¹⁹ Ismar Schorsch. “The Holocaust: and Jewish Survival”, *Midstream*, enero de 1981, p.39. Chaumont demuestra convincentemente que la defensa de la singularidad del Holocausto se originó a partir del dogma religioso de la condición de pueblo elegido de Israel, y que sólo adquiere un sentido coherente en este contexto. *La concurrence*, pp. 102-107,121.

Durante la segunda guerra mundial y en la posguerra, como nos informa Novick, “la expresión "abandono de los judíos" no habría sido comprendida prácticamente por ningún miembro del Gobierno [de EE. UU], ni tampoco por nadie de fuera del Gobierno, judío o gentil”. Las tornas se volvieron después de junio de 1967. “El silencio del mundo”, “la indiferencia del mundo”, “el abandono de los judíos”: todos estos temas se incorporaron al núcleo del “discurso sobre el Holocausto”²⁰.

Apropiándose de un principio básico del sionismo, la estructura del Holocausto presenta la solución final de Hitler como el clímax del milenarismo odio gentil a los judíos. Los judíos perecieron porque todos los gentiles, ya fueran perpetradores o colaboradores pasivos, deseaban que murieran. Según Wiesel, “el mundo libre y "civilizado" "puso a los judíos en manos "del verdugo. Hubo quien actuó como asesino y quien guardó silencio”²¹. No hay la menor evidencia histórica que respalde la existencia de ese impulso asesino de los gentiles. El laborioso esfuerzo de Daniel Goldhagen por demostrar una variante de esta argumentación en *Hitler's Willing Executioners* puede considerarse como mucho literatura cómica²². Lo cual no impide que la utilidad política de esta línea de argumentación sea considerable. Podría señalarse, de paso, que la teoría del “eterno antisemitismo” en realidad resulta práctica para los antisemitas. Como comenta Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, “el que esta doctrina fuera adoptada por los antisemitas profesionales es absolutamente lógico; proporciona la mejor coartada posible para todo tipo de atrocidades. Si es cierto que la humanidad lleva mas de dos mil años empeñada en asesinar a los judíos, matar a los judíos debe de ser una ocupación normal, e incluso humana, y el odio a los judíos queda justificado sin necesidad de recurrir a argumentación alguna.

Lo más sorprendente con respecto a esta explicación es que haya sido adoptada por muchísimos historiadores objetivos y por un número de judíos aún mayor”²³.

El dogma del Holocausto del eterno odio gentil ha valido tanto para justificar la necesidad de un Estado judío como para dar cuenta de la hostilidad dirigida contra Israel. El Estado judío es la única salvaguarda posible contra el próximo (e inevitable)

²⁰ Wiesel, *Against Silence*, vol. I. p. 153. Wiesel, *And the Sea*, p. 133.

²¹ Novick, *The Holocaust*, pp. 59, 158-159.

²² Wiesel, *And the Sea*, p. 68.

estallido de antisemitismo homicida; y, a la inversa, el antisemitismo homicida esta detrás de todo ataque e incluso detrás de toda maniobra defensiva en contra del Estado judío. La novelista Cynthia Ozick dio una explicación sencilla de las críticas a Israel: “El mundo quiere eliminar a los judíos [...], el mundo siempre ha querido eliminar a los judíos”²⁴. Si todo el mundo desea que los judíos desaparezcan, lo realmente extraño es que sigan vivos... y que, a diferencia de buena parte de la humanidad, no estén precisamente muriéndose de hambre.

Por otra parte, este dogma ha conferido a Israel licencia absoluta para obrar a su antojo: puesto que los gentiles siempre están empeñados en asesinar a los judíos, estos tienen todo el derecho a protegerse como quiera que lo estimen conveniente. Sean cuales fueren los métodos a que recurran los judíos más expeditivos, incluidas la agresión y la tortura, todo constituye una legítima defensa. Deplorando la “lección” del eterno odio gentil que se ha extraído del Holocausto, Boas Evron observa que “es a todas luces equivalente a cultivar deliberadamente la paranoia [...]. Esta mentalidad [...] perdona de antemano cualquier trato inhumano que se inflija a los no judíos, ya que la mitología dominante sostiene que “todo el mundo colaboró con los nazis para destruir a la comunidad judía”, y, en consecuencia, los judíos lo tienen todo permitido en su relación con otros pueblos”²⁵.

Según la estructura ideológica del Holocausto, el antisemitismo gentil, además de ser imposible de erradicar, siempre es irracional. Sobrepassando con mucho los análisis del sionismo clásico, y no digamos ya los estudios académicos al uso, Goldhagen argumenta que el antisemitismo esta “divorciado de la realidad de los judíos”, “no es fundamentalmente una respuesta nacida de una evaluación objetiva de los actos judíos” y es independiente de la condición y de los actos de los judíos”. Así pues, es una patología psicológica de los gentiles, y el ámbito donde reside” es “la mente” (comillas en el original). Movidos por “argumentos irracionales”, los antisemitas, según Wiesel, “sencillamente se sienten agraviados por la existencia de los judíos”²⁶. “Sin contar con que lo que los judíos hagan o dejen de hacer nada tiene que ver con el antisemitismo -observa críticamente el sociólogo John Murray Cuddihy-, ¡cualquier intento de explicar el antisemitismo refiriéndose a la contribución judía al

²³ Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, 1996 [*Los verdugos voluntarios de Hitler*. Madrid, Taurus, 1998]. Véase una crítica en Finkelstein y Birn, *Nation*.

²⁴ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York. 1951. P. 7.

²⁵ Cynthia Ozick, “*All the World Wants the Jews Dead*”, *Esquire*, noviembre de 1974.

antisemitismo es en sí mismo un ejemplo de antisemitismo!" (cursiva en el original)²⁷. La cuestión no es, evidentemente, que el antisemitismo sea justificable, ni tampoco que haya que culpar a los judíos de los crímenes cometidos contra ellos, sino que el antisemitismo se desarrolla en un contexto histórico específico en el que existe un juego de intereses concomitante. "Una minoría de talento, bien organizada y mayoritariamente exitosa puede inspirar conflictos que derivan de tensiones intergrupales objetivas", señala Ismar Schorsch, aunque dichos conflictos "frecuentemente se presentan bajo la forma de estereotipos antisemitas"²⁸.

La esencia irracional del antisemitismo gentil se infiere de manera inductiva de la esencia irracional del Holocausto. A saber: la solución final de Hitler estuvo excepcionalmente falta de racionalidad; fue «la maldad por la maldad», un asesinato de masas «sin sentido»; la solución final hitleriana representó el momento culminante del antisemitismo gentil; en consecuencia, el antisemitismo gentil es esencialmente irracional. Juntas o por separado, estas proposiciones no resisten siquiera un escrutinio superficial²⁹. Pero, eso sí, políticamente resultan muy útiles.

Al eximir a los judíos de toda culpa, el dogma del Holocausto inmuniza a Israel y a la comunidad judía estadounidense contra la censura legítima. La hostilidad árabe o la afroamericana "no son fundamentalmente una respuesta nacida de una evaluación objetiva de la actuación de los judíos" (Goldhagen)³⁰. Veamos lo que dice

²⁶ Boas Evron, *Jewish State or Israeli Nation*, Bloomington, 1995, pp. 226-227.

²⁷ Goldhagen. *Hitler's Willing Executioners*, pp. 34-35, 39, 42. Wiesel, *And the Sea*, p. 48.

²⁸ John Murray Cuddihy. "The Elephant and the Angels: The Incivil Irritability of Jewish Theodicy", Robert N. Bellah y Frederick E. Greenspahn (eds.), *Uncivil Religion*, Nueva York, 1987, p. 24. Además de este artículo, véase, del mismo autor, "The Holocaust: The Latent Issue in the Uniqueness Debate", P. F. Gallagher (ed.), *Christians, Jews, and Other Worlds*, Highland Lakes, NJ, 1987.

²⁹ Schorsch, *The Holocaust*, p. 39. Dicho sea de paso, la suposición de que los judíos constituyen una minoría "de talento" también es, a mi parecer, una desagradable versión profana de la condición de pueblo elegido".

Un examen en profundidad de este tema rebasa el ámbito del presente ensayo, mas consideremos tan sólo la primera proposición. La guerra de Hitler contra los judíos, que tal vez sí fue irracional (asunto ya de por sí complejo), no constituye de ninguna manera un hecho histórico excepcional. Recordemos, por ejemplo, la tesis fundamental del tratado de Joseph Schumpeter sobre el imperialismo: «Las inclinaciones arracionales e irracionales, puramente instintivas, hacia la guerra y la conquista desempeñan un papel muy importante en la historia de la humanidad [...]. Innumerables guerras -tal vez la mayoría de las guerras- se han librado sin [...] intereses razonados o razonables". (Joseph Schumpeter. "The Sociology of Imperialism", Paul Sweezy (ed.), *Imperialism and Social Classes*, Nueva York, 1951, p. 83.)

³⁰ Eludiendo explícitamente el marco de referencia del Holocausto, un estudio reciente del antisemitismo realizado por Albert S. Lindemann parte de la premisa de que «sea cual fuere la fuerza del mito, no es cierto que Coda la hostilidad hacia los judíos, tomados individual o colectivamente, se haya basado en visiones fantásticas o quiméricas de ellos, o en proyecciones sin relación alguna con una realidad palpable. Siendo seres humanos, los judíos han sido tan capaces como cualquier otro grupo de provocar hostilidad en el mundo cotidiano y profano». (*Esau's Tears*, Cambridge, 1997, p. XVII)

Wiesel sobre la persecución de los judíos: “Durante dos mil años [...] siempre estuvimos amenazados [...]. ¿Por qué? Por ningún motivo”. O sobre la hostilidad árabe hacia Israel: “Debido a que somos quienes somos y a lo que nuestra patria, Israel, representa (el corazón de nuestras vidas, el sumo de nuestros sueños), cuando nuestros enemigos traten de destruirnos, lo harán tratando de destruir Israel”. O de la hostilidad que el pueblo negro siente hacia los judíos estadounidenses: “El pueblo que obtuvo en nosotros su inspiración no nos lo agradece, sino que nos ataca. Nos encontramos en una situación muy peligrosa. Volvemos a ser el chivo expiatorio en todos los frentes [...]. Ayudamos a los negros; siempre les Ayudamos [...]. Los negros me dan lastima. Hay algo que deberían aprender de nosotros: la gratitud. No hay pueblo en el mundo que conozca tan bien la gratitud como nosotros; estamos eternamente agradecidos”³¹. Siempre castigado, siempre inocente: tal es la carga de ser judío³².

En el marco de referencia del Holocausto, el dogma del eterno odio gentil valida asimismo el dogma complementario de la singularidad. Si el Holocausto señaló el clímax del milenarismo odio gentil a los judíos, la persecución de los no judíos durante el Holocausto fue algo meramente accidental, y la persecución de los no judíos a lo largo de la historia no pasa de ser episódica. Se mire por donde se mire, el sufrimiento judío durante el Holocausto fue excepcional.

El sufrimiento judío fue único porque los judíos también lo son. El Holocausto fue único porque no fue racional. En el fondo, su ímpetu derivó de una pasión absolutamente irracional, aunque a la vez muy humana. El motivo del odio que los judíos inspiraban al mundo gentil era la envidia, los celos: el resentimiento. Según Nathan y Ruth Ann Perlmutter, el antisemitismo surgió de “los celos y el resentimiento que sentían los gentiles porque los judíos superasen a los cristianos en el mundo mercantil [...]. Los judíos, mejor dotados y en inferioridad numérica, inspiraban rencor a los gentiles, peor dotados y mucho más numerosos”³³. Así pues, aunque fuera de una manera negativa, el Holocausto vino a confirmar la condición de pueblo elegido de los

³¹ Wiesel, *Against Silence*, vol. I, pp. 255, 384.

³² Chaumont señala con acierto que este dogma del Holocausto es muy eficaz para conferir mayor aceptabilidad a otros crímenes. La insistencia en la radical inocencia de los judíos -por ejemplo la ausencia de cualquier motivo racional para su persecución, y no digamos ya para su aniquilación- hace que “se presuponga un estatus “normal” para otras persecuciones y asesinatos que se den en otras circunstancias, y se crea así una división de facto entre los crímenes incondicionalmente intolerables y los crímenes con los que uno debe -y, por tanto, puede- convivir”. (*La concurrence*, 176.)

³³ Perlmutter, *Anti-Semitism*, pp. 36, 40.

judíos. Como los judíos son mejores, o tienen mas éxito, sufrieron la ira de los gentiles, que luego los asesinaron.

En un breve aparte, Novick se pregunta: “¿Que se diría del Holocausto en Estados Unidos” si Elie Wiesel no fuera su “principal interprete?”³⁴. No es difícil dar con la respuesta: antes de la guerra de junio de 1967, el mensaje universalista de Bruno Bettelheim, superviviente de los campos de concentración, tenía gran resonancia entre los judíos estadounidenses. Después de la guerra de junio, se arrinconó a Bettelheim para entronizar a Wiesel. La preeminencia de Wiesel está en función de su utilidad ideológica. Singularidad del sufrimiento judío/singularidad de los judíos, gentiles siempre culpables/judíos siempre inocentes, defensa incondicional de Israel/defensa incondicional de los intereses judíos: Elie Wiesel es el Holocausto.

Buena parte de las obras sobre la solución final de Hitler, donde se exponen los dogmas clave del Holocausto, carecen de todo valor desde el punto de vista del saber académico . De hecho, el campo de los estudios del Holocausto esta repleto de disparates, cuando no de simples falacias. El medio cultural que alimenta la literatura sobre el Holocausto resulta muy revelador.

El primer fraude importante sobre el Holocausto fue *The Painted Bird*, del exiliado polaco Jerzy Kosinski³⁵. El libro “se escribió en inglés” , explicaba Kosinski, porque eso le permitió “escribir desapasionadamente, sin las connotaciones emocionales que siempre posee la lengua nativa”. En realidad, las partes del libro que Kosinski escribió personalmente -cuáles son es una cuestión que queda por dilucidar- estaban en polaco. *The Painted Bird* era supuestamente un relato autobiográfico del vagabundeo de un solitario Kosinski niño por la Polonia rural durante la segunda guerra mundial. Lo cierto es que Kosinski vivió con sus padres durante toda la guerra. El motivo de la obra son las sádicas torturas sexuales perpetradas por los campesinos polacos. Los lectores escarnecieron las prepublicaciones del libro, viendo en ellas una “pornografía de la violencia” y “el producto de una mente obsesionada con la violencia sadomasoquista”. En realidad, casi todos los episodios patológicos narrados por Kosinski son fruto de su imaginación. Los campesinos polacos con los que trató quedan retratados como virulentos antisemitas. “¡Machaquemos a los judíos! -gritan-

³⁴ Novick. *The Holocaust*, p. 351n19.

³⁵ Nueva York. 1965 [*El pájaro pintado*, Barcelona, Círculo de lectores. 1990]. Me he basado en Los datos que aporta James Park Sloan en *Jerzy Kosinski*, Nueva York, 1996.

¡Machaquemos a esos cerdos!” En realidad, la familia Kosinski fue acogida por unos campesinos polacos, pese a que sabían muy bien que eran judíos y a lo que se arriesgaban si los descubrían.

En la *New York Times Book Review*, Elie Wiesel elogiaba *The Painted Bird* diciendo que era “una de las mejores” denuncias de la era nacionalsocialista, “escrita con profunda sinceridad y sensibilidad”. Cynthia Ozick alardeaba tiempo después de haber reconocido “de inmediato” la autenticidad de Kosinski en cuanto “judío testigo y superviviente del Holocausto”. Y mucho después de que quedara en evidencia que Kosinski era un consumado timador, Wiesel continuaba prodigando halagos al “notable conjunto de su obra”³⁶

The Painted Bird se convirtió en texto básico del Holocausto. Fue un best-seller galardonado con premios y traducido a numerosas lenguas, y lectura obligatoria en institutos y universidades. Una vez incorporado al circuito del Holocausto, Kosinski adoptó como sobrenombre el “Elie Wiesel a precio reducido”. (Quienes no podían pagar la tarifa de conferenciante de Wiesel -el “silencio» sale caro- recurrían a el.) Cuando, finalmente, un semanario de investigación puso al descubierto a Kosinski, el *New York Times* continuo defendiéndole contra viento y marea alegando que era víctima de una conspiración comunista³⁷.

³⁶ Elie Wiesel, «Everybody's Victim», *New York Times Book Review*, 31 de octubre de 1965. Wiesel, *All Rivers*, p. 335 [*Todos los torrentes van al mar*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996]. La cita de Ozick esta tomada de Sloan, pp. 304-305. La admiración demostrada por Wiesel hacia Kosinski no es de sorprender. Kosinski aspiraba a analizar el «nuevo lenguaje» del Holocausto, y Wiesel a “forjar un nuevo lenguaje” del Holocausto. Según Kosinski, “lo que queda entre dos episodios es tanto un comentario sobre ellos como algo comentado por ellos”. Según Wiesel, “el espacio entre dos palabras cualesquiera es mayor que la distancia que separa el cielo y la tierra”. Tanta profundidad queda bien explicada en un proverbio polaco: “Del vacío a la vacuidad”. Además, tanto Wiesel como Kosinski salpican profusamente sus divagaciones con citas de Albert. Camus, clara señal delatora de que se es un charlatán. Wiesel rememora que Camus le dijo en cierta ocasión: “Te envidio por Auschwitz”; y luego añade: “Carnus no se podía perdonar no haber conocido ese acontecimiento magnifico, ese misterio de los misterios” (Wiesel, *All Rivers*, p. 321; Wiesel, *Against Silence*, vol. II, p. 133).

³⁷ Geoffrey Stokes y Eliot Fremont-Smith, “Jerzy Kosinski's Tainted Words”, *Village Voice*, 22 de junio de 1982. John Corry, “A Case History: 17 Years of Ideological Attack on a Cultural Target”, *New York Times*, 7 de noviembre de 1982. En favor de Kosinski hay que decir que experimentó lo que podría denominarse una conversión de última hora. En los años que mediaron entre el descubrimiento de su superchería y el suicidio, Kosinski criticó amargamente que se excluyera de la industria del Holocausto a las víctimas no judías. “Muchos judíos norteamericanos tienden a percibirlo como la Shoá, como un desastre exclusivamente judío [...]. Pero al menos la mitad de los rornaníes del mundo (injustamente llamados “gitanos”), aproximadamente 2,5 millones de católicos polacos, millones de ciudadanos soviéticos y de diversas nacionalidades fueron asimismo víctimas de este genocidio [...]”. Además, Kosinski rindió homenaje a la “bravura de los polacos” que le prestaron “refugio” “durante el Holocausto”, pese a lo que denomina su “aspecto” semítico. (Jerzy Kosinski, *Passing By*, Nueva York, 1992, pp. 165-166, 178-179.) Cuando, en una conferencia sobre el Holocausto, le preguntaron airadamente qué habían hecho los polacos por salvar a los judíos, Kosinski replicó: ¿Qué hicieron los judíos por salvar a los polacos?”

*Fragments*³⁸, de Binjamin Wilkomirski, un fraude más reciente, se inspira sin el menor recato en el kitsch del Holocausto de *The Painted Bird*. A semejanza de Kosinski, Wilkomirski se retrata como un niño superviviente solitario que se vuelve mudo, termina en un orfanato y sólo más adelante descubre que es judío. Como en *The Painted Bird*, el principal recurso narrativo de *Fragments* es la voz simple y esquemática de un ingenuo niño, y, a la vez, se mantiene un tono vago con respecto al marco temporal y a los nombres de los lugares. Al igual que en *The Painted Bird*, todos los capítulos de *Fragments* alcanzan su punto culminante con una orgía de violencia. Kosinski dijo que *The Painted Bird* era “una lenta descongelación de la mente”; en tanto que Wilkomirski dijo de *Fragments* que era la “memoria recuperada”³⁹.

Aunque sea un burdo fraude, *Fragments* constituye el arquetipo de memorias del Holocausto. La acción se sitúa, en primer lugar, en los campos de concentración, donde todos y cada uno de los guardianes son monstruos dementes y sádicos que se complacen en machacar los cráneos de los recién nacidos judíos. Sin embargo, las memorias clásicas de los campos de concentración nazis concuerdan con la apreciación de la doctora Ella Lingens-Reiner, superviviente de Auschwitz: “Había pocos sádicos. No más de un cinco o un diez por ciento”⁴⁰. Ahora bien, el omnipresente sadismo alemán es un rasgo destacado de la literatura del Holocausto.

³⁸ Nueva York, 1996. Véase más información sobre el fraude de Wilkomirski especialmente en Elena Lappin. «The Man With Two Heads», *Granta*, núm. 66, y en Philip Gourevitch, «Stealing the Holocaust», *New Yorker*, 14 de junio de 1999.

³⁹ Otra importante influencia «literaria» de Wilkomirski es Wiesel. Comparemos estos pasajes:

Wilkomirski: “Vi sus ojos abiertos de par en par y de pronto lo comprendí: esos ojos lo sabían todo, habían visto tanto como los míos, y sabían infinitamente más que cualquier persona del país. Yo conocía esa clase de ojos, los había visto un millar de veces, en el campo de concentración y después. Eran los ojos de Mila. Los niños solíamos decírselo todo entre nosotros con esos ojos. Ella también había hacerlo: me miro directamente a los ojos y me traspasa hasta el corazón».

Wiesel: «Sus ojos..., debo hablarlos de sus ojos. He de comenzar por ahí, pues sus ojos preceden a todo lo demás y lo abarcan todo. Lo demás puede esperar. Simplemente confirmará lo que ya sabeis. Pero esos ojos suyos, esos ojos en los que llamea una verdad irreductible, que arde sin llegar a consumirse. Guardando un silencio abochornarlo ante ellos, no puedes por menos de inclinar la cabeza y acatar su veredicto. Ahora tu único deseo es ver el mundo como ellos lo ven. Eres un hombre adulto, un hombre con sabiduría y experiencia, pero de pronto lo sientes desvalido y terriblemente empobrecido. Esos ojos te recuerdan tu infancia, lo condición de huérfano, te hacen perder toda fe en el poder del lenguaje. Esos ojos niegan el valor de las palabras: eliminan la necesidad de hablar”. (*The Jews of Silence*. Nueva York, 1966, p. 3.)

A lo largo de página y media más, Wiesel continúa hablando líricamente de “los ojos”. Su destreza literaria es equiparable a su maestría en la dialéctica. En cierto momento, Wiesel reconoce: “A diferencia de muchos liberales, creo en la culpabilidad colectiva”. Y en otro lugar confiesa: “Quiero subrayar que no creo en la culpabilidad colectiva” (Wiesel, *Against Silence*, vol. II, p. 134; Wiesel, *And the Sea*, p. 152, 235.)

⁴⁰ Bernard Naumann, *Auschwitz*, Nueva York, 1966, p. 91. Véase Finkelsiein y Bim, Ntitiort, pp. 67-68, donde se presenta una amplia documentación.

Cumple una función doble: "documenta" la irracionalidad excepcional del Holocausto y, a la vez, el antisemitismo fanático de sus perpetradores.

Lo que singulariza a *Fragments* no es la descripción de la vida durante el Holocausto, sino después de él. Adoptado por una familia suiza, el pequeño Benjamin debe soportar nuevos tormentos. Está atrapado en un mundo donde todos niegan el Holocausto. « Olvídale..., es un mal sueño » -chilla su madre-. No es más que un mal sueño... No debes pensar más en eso." "Aquí, en este país -se queja Benjamin-, todos repiten continuamente que tengo que olvidarlo, que no ha sucedido, que lo he sonado. ¡Pero todos saben muy bien lo que paso!

Incluso en el colegio, «los niños me señalan, cierran el puño y gritan: "Está delirando, no ha pasado nada de eso. ¡Embustero! Esta loco, pirado, es un imbécil"> . (En esto, dicho sea de paso, tenían razón.) Todos los niños gentiles cierran filas contra el pobre Benjamin, golpeándolo a la vez que entonan cantinelas antisemitas, y entre tanto los adultos no cesan de burlarse de él: "¡Te lo estas inventando!"

Sumido en la más abyecta desesperación, Benjamin llega a tener una revelación sobre el Holocausto. "El campo de concentración sigue ahí, escondido y bien disfrazado. Se han quitado los uniformes y se han puesto ropa bonita para que no se les reconozca (...). Hazles la más leve insinuación de que quizá, posiblemente, eres judío, y te darás cuenta: son las mismas personas, estoy convencido. Todavía pueden matar, aunque no lleven uniforme." Más que un homenaje al dogma del Holocausto, *Fragments* es un rifle humeante: incluso en Suiza, en la neutral Suiza, todos los gentiles quieren asesinar a los judíos.

Fragments fue ampliamente aclamado como un clásico de la literatura del Holocausto. Se tradujo a una docena de idiomas y fue galardonado con el Premio Nacional Judío de Literatura, el Premio del Jewish Quarterly y el Prix de Mémoire de la Shoha. Convertido en estrella de documentales, principal orador de congresos y seminarios sobre el Holocausto y reclamo para recaudar fondos para el Museo Conmemorativo del Holocausto de EE UU, Wilkomirski paso rápidamente a ser una figura emblemática del Holocausto.

Daniel Goldhagen, que calificó *Fragments* de "pequeña obra maestra", se erigió en defensor a ultranza de Wilkomirski en el mundo académico . Pero algunos reputados historiadores, como Raúl Hilberg, denunciaron que la obra de Wilkomirski

era un fraude. Mas adelante, cuando se descubrió que en efecto lo era, Hilberg planteó las preguntas correctas: “¿Cómo es posible que esta obra fuera aceptada como libro de memorias por varias editoriales? ¿Cómo han podido abrirle a Wilkomirski las puertas del Museo Conmemorativo del Holocausto de EE UU y las de diversas universidades de prestigio? ¿Cómo se explica que carezcamos de un control de calidad decente cuando se trata de evaluar el material sobre el Holocausto que va a publicarse?”⁴¹

Wilkomirski, a medias chiflado, a medias charlatán de feria, en realidad había pasado toda la guerra en Suiza. Y ni siquiera es judío. Veamos, no obstante, algunas notas póstumas de la industria del Holocausto:

Arthur Samuelson (editor): *Fragments* “es un libro audaz [...]. Sólo es un fraude si no se considera una obra de ficción. Así pues, lo reeditaré en la categoría de ficción. Tal vez no es cierto, ¡pero entonces su calidad como escritor es aún mayor!”.

Carol Brown Janeway (editora y traductora): “Si las acusaciones [...] resultan ser correctas, lo que está en tela de juicio no son una serie de hechos empíricos que pueden comprobarse, sino unos hechos espirituales que invitan a la reflexión. Habría que fiscalizar un espíritu, y eso es imposible”

Y eso no es todo. Israel Gutman es director del Yad Vashem y especialista en el Holocausto de la Universidad Hebrea. Además, estuvo prisionero en Auschwitz. Según Gutman, “no tiene tanta importancia” que *Fragments* fuera o no fuera un fraude. “Wilkomirski ha escrito una historia que él vivió profundamente; de eso no cabe duda [...]. No es un impostor. Es alguien que ha vivido una historia en lo más hondo de su espíritu. El dolor es auténtico.” Así que es indiferente que Wilkomirski pasara la guerra en un campo de concentración o en un chalet suizo; no es un impostor porque su «dolor es auténtico»; así habla un superviviente de Auschwitz convertido en experto del Holocausto. Mientras las opiniones de otros inducen al desdén, Gutman sólo inspira lástima.

El artículo de *The New Yorker* donde se ponía en evidencia a Wilkomirski llevaba por título “Robar el Holocausto” . Antes se festejaba a Wilkomirski por sus historias sobre la maldad gentil; hoy se le censura por ser un gentil malvado. La culpa

⁴¹ Lappin, art. cit.. p. 49. Hilberg siempre planteaba las preguntas correctas. De ahí que la comunidad del

siempre la tienen los gentiles. Wilkomirski inventó su pasado como víctima del Holocausto, cierto es; pero también es cierto y más importante que la industria del Holocausto, levantada sobre una apropiación fraudulenta de la historia con propósitos ideológicos, se lanzó a celebrar la invención de Wilkomirski. Era un “superviviente” del Holocausto a la espera de ser descubierto.

En octubre de 1999, a la vez que retiraba *Fragments* de las librerías, el editor alemán de Wilkomirski reconoció al fin que el autor no era un huérfano judío, sino un hombre nacido en Suiza, llamado Bruno Doessekker. Cuando le informaron de que se le había terminado el juego, Wilkomirski tronó desafiante: “¡Soy Binjamin Wilkomirski!”. Hubo de pasar un mes más para que Schocken, el editor estadounidense, descatalogara *Fragments*⁴².

Pasemos ahora a considerar la literatura menor sobre el Holocausto. Un rasgo revelador de dicha literatura es el espacio que concede a la “conexión árabe”. Pese a que el muftí de Jerusalén no desempeñó “ningún papel importante en el Holocausto”, según afirma Novick, la *Enciclopedia del Holocausto*, de cuatro volúmenes, preparada por Israel Gutman le asignó un “papel estelar”. El Muftí también es uno de los principales protagonistas en el Yad Vashem: “El visitante llega a la conclusión -afirma Tom Segev- de que los planes nazis para destruir a los judíos y la animosidad árabe contra Israel tienen mucho en común». Con ocasión de un acto conmemorativo de Auschwitz oficiado por clérigos de todas las denominaciones religiosas, Wiesel sólo puso objeciones a la presencia de un cadí musulmán: “¿No estamos olvidándonos [...] del muftí Hajj Amin el-Husseini de Jerusalén, el amigo de Heinrich Himmler?”. Si el Muftí, dicho sea de paso, figura tan destacadamente en la solución final hitleriana, no deja de ser extraño que Israel no tratara de llevarlo a los tribunales como a Eichmann. Habría sido lo más natural, dado que se instaló para vivir tranquilamente en el vecino Líbano después de la guerra⁴³.

Los apologistas de Israel trataron por todos los medios de estigmatizar a los árabes tachándolos de nazis después de la desafortunada invasión israelí del Líbano de 1982, en los tiempos en que la propaganda oficial israelí comenzaba a ser

Holocausto lo relegara por completo: véase Hilberg, *The Politics of Memory*, pássim.

⁴² “Publisher Drops Holocaust Book”, *New York Times*, 3 de noviembre de 1999. Allan Hall y Laura Williams, “Holocaust Hoaxer?”. *New York Post*, 4 de noviembre de 1999.

⁴³ Novick, *The Holocaust*, p. 158. Segev, *Seventh Million*, p. 425. Wiesel, *And the Sea*, p. 198.

desacreditada por los ataques de los “nuevos historiadores” de Israel. El afamado historiador Bernard Lewis logro consagrar al nazismo árabe todo un capítulo de su compendio del antisemitismo y tres páginas completas de su “breve historia de los últimos 2.000 años” de Oriente Medio. Michael Berenbaum, del Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington, representante del extremo liberal del espectro de teóricos del Holocausto, reconocía generosamente que “las piedras que arrojan los jóvenes palestinos enfurecidos por la presencia israelí [...] no son equiparables a los ataques nazis contra los indefensos civiles judíos”⁴⁴.

La ultima farsa sobre el Holocausto ha sido *Hitler's Willing Executioners*, de Daniel Jonah Goldhagen. Ninguna de las revistas de pensamiento importantes olvido publicar al menos una reseña sobre esta obra durante las semanas siguientes a su aparición. *The New York Times* publicó varios comentarios sobre el libro, en uno de los cuales se decía que era uno de “los trabajos recientes” que merecían “excepcionalmente el calificativo de memorable” (Richard Bernstein). Con unas ventas de medio millón de ejemplares y traducciones al menos a trece lenguas, *Hitler's Willing Executioners* fue aclamado en la revista *Time* como el segundo mejor ensayo del año y el que “más había dado que hablar”⁴⁵.

Tras hacer resaltar la “admirable labor de investigation” y la “riqueza de pruebas [...] con una apabullante aportación de datos y documentación”, Elie Wiesel proclamaba que *Hitler's Willing Executioners* era una “formidable contribución a la comprensión y el estudio del Holocausto”. Por su parte, Israel Gutman alababa la obra porque volvía a “plantear con claridad las preguntas fundamentales” que “el cuerpo principal de estudios sobre el Holocausto” había pasado por alto. Propuesto para ocupar la cátedra dedicada al Holocausto de la Universidad de Harvard y equiparado a Wiesel en los medios de comunicación nacionales, Goldhagen no tardó en convertirse en figura ubicua en el circuito del Holocausto.

La tesis central del libro de Goldhagen no aporta nada nuevo al dogma establecido sobre el Holocausto: movido por un odio patológico, el pueblo alemán se lanzó sobre la oportunidad de asesinar a los judíos que le ofrecía Hitler. Incluso el destacado teórico del Holocausto Yehuda Bauer, profesor de la Universidad Hebrea y

⁴⁴ Bernard Lewis, *Semites and Anti-Semites*, Nueva York, 1986, cap. 6; Bernard Lewis, *The Middle East*, Nueva York, 1995, pp. 348-350 [*El Oriente Próximo*, Barcelona, Crítica, 1996]. Berenbaum, *After Tragedy*, p. 84.

director del Yad Vashem, ha abrazado este dogma en algunas ocasiones. Reflexionando sobre la mentalidad de los perpetradores, Bauer escribió hace algunos años: “Los judíos fueron asesinados por personas que, en general, no los odiaban [...]”. Para asesinar a los judíos, los alemanes no necesitaban odiarlos”. Sin embargo, en una reseña reciente sobre la obra de Goldhagen, Bauer sostenía exactamente lo contrario: “A partir de finales de los años treinta se impusieron las actitudes asesinas de signo más radical [...]. Cuando estalló la segunda guerra mundial, una aplastante mayoría de alemanes se había identificado hasta tal punto con el régimen y con su política antisemita que reclutar a los asesinos fue sencillo”. Cuando se le interrogó sobre esta incongruencia, Bauer respondió: “No me parece que haya ninguna contradicción entre ambas afirmaciones”⁴⁶.

Aunque presenta todo el aparato propio de un estudio académico, *Hitler's Willing Executioners* es poco más que un compendio de actos sádicos de violencia. No es de extrañar que Goldhagen defendiera a capa y espada a Wilkomirski: *Hitler's Willing Executioners* es *Fragments* con un añadido de notas a pie de página. Repleto de burdos errores interpretativos de los datos que presenta, así como de contradicciones internas, *Hitler's Willing Executioners* carece de todo valor académico. En *A Nation on Trial*, Ruth Bettina Birn y el autor de estas líneas analizamos a fondo la chapucera obra de Goldhagen. La controversia que nuestra crítica desencadenó ilustra instructivamente los tejemanejes de la industria del Holocausto.

Birn, la autoridad mundial más prestigiosa en los archivos consultados por Goldhagen, publicó por primera vez sus conclusiones críticas en la *Historical Journal* de Cambridge. Después de rechazar la invitación que dicha revista le hizo para que refutara las críticas de Birn, Goldhagen recurrió a los servicios de un poderoso despacho de abogados londinense para demandar a Birn y a la *Cambridge University Press* por “numerosos y graves libelos”. Los abogados de Goldhagen exigieron a Birn que se disculpara, se retractara y prometiera no repetir sus críticas, y a continuación le

⁴⁵ *New York Times*, 27 de marzo, 2 de abril, 3 de abril de 1996. *Time*. 23 de diciembre de 1996.

⁴⁶ Yehuda Bauer, “*Reflections Concerning Holocaust History*”, Louis Greenspan y Gracme Nicholson (eds.), *Fackenheim*, Toronto, 1993, pp. 164, 1699. Yehuda Bauer, “On Perpetrators of the Holocaust and the Public Discourse”, *Jewish Quarterly Review*, núm. 87 (1997), pp. 348-350. Norman G. Finkelstein y Yehuda Bauer, “Goldhagen's Hitler's Willing Executioners: An Exchange of Views”, *Jewish Quarterly Review*, núms 1-2 (1998), p. 126.

lanzaron la siguiente amenaza: “La utilización de esta carta para generar cualquier tipo de publicidad equivaldría a agravar aun más los perjuicios causados”⁴⁷.

Poco después de que las conclusiones críticas del autor de estas líneas se publicasen en la *New Left Review*, Metropolitan, una editorial de Henry Holt, decidió recopilar ambos ensayos y publicarlos en un solo volumen. En un artículo de primera página, Forward comunicó entonces que Metropolitan estaba “preparándose para sacar un libro de Norman Finkelstein, notorio oponente ideológico del Estado de Israel”. Forward actúa en los Estados Unidos como principal defensor de lo “políticamente correcto” con respecto al Holocausto.

Alegando que “la descarada tendenciosidad y las audaces afirmaciones de Finkelstein [...] están irreversiblemente contaminadas por su postura antisionista”, Abraham Foxman, que dirige la LAD, apelaba a Holt para que renunciase a publicar el libro: “La cuestión [...] no es si la tesis de Goldhagen es correcta o incorrecta, sino qué se puede considerar una “crítica legítima” y qué rebasa los límites”. “Saber si la tesis de Goldhagen es correcta o incorrecta -le respondió la codirectora de Metropolitan, Sara Bershtel- es precisamente la cuestión.”

Leon Wieseltier, editor literario de la publicación proisraeli *The New Republic*, se dirigió personalmente al presidente de la empresa de Holt, Michael Naumann. “No sabe usted como es Finkelstein. Es veneno puro, es uno de esos repugnantes judíos que se odian a si mismos, un autentico bicho.” Tras declarar que la decisión de Holt era una vergüenza, Elan Steinberg, director ejecutivo del Congreso Judío Mundial, opino: “Si quieren dedicarse a la recogida de basuras, deberían protegerse con uniformes especiales”.

“Era la primera vez que experimentaba -rememoraría más adelante Naumann- un intento semejante, por parte de terceros interesados, de desprestigiar públicamente una obra a punto de ver la luz.” El destacado historiador y periodista israelí Tom Segev observo en *Haaretz* que la campaña de desprestigio rayaba en “el terrorismo cultural”.

⁴⁷ Para documentarse sobre esto y los siguientes párrafos, véanse Charles Glass, “Hitler’s (un)willing executioners”, *New Statesman*, 23 de enero de 1998, Laura Shapiro, “A Battle Over the Holocaust”, *Newsweek*, 23 de marzo de 1998, y Tibor Krausz, “The Goldhagen Wars”, *Jerusalem Report*, 3 de agosto de 1998. Con respecto a este asunto y a otros relacionados, cf. www.NormanFinkelstein.com (con enlace a la web de Goldhagen).

En su calidad de historiadora jefe de la Sección de Crímenes de Guerra y Crímenes contra la Humanidad del Departamento de Justicia canadiense, Birn empezó a recibir ataques lanzados por las organizaciones judías canadienses. Alegando que yo era un “indeseable para la gran mayoría de los judíos del continente”, el Congreso Judío Canadiense censuró la colaboración de Birn en el libro. Con objeto de presionarla laboralmente, el CJC presentó una denuncia al Departamento de Justicia. Dicha denuncia, sumada a un informe respaldado por el CJC en el que se decía que Birn pertenecía a “la raza perpetradora” (puesto que es alemana de nacimiento), desencadenó una investigación oficial sobre su persona.

Los ataques personales no cesaron con la publicación del libro. Goldhagen asevero que Birn, que ha consagrado su vida a llevar ante la justicia a los criminales de guerra nazis, se dedicaba a alimentar el antisemitismo, y que yo era de la opinión de que las víctimas del nazismo, incluidos mis propios parientes, merecían la muerte⁴⁸. Stanley Hoffmann y Charles Maier, colegas de Goldhagen del Centro de Estudios Europeos de Harvard, lo respaldaron públicamente⁴⁹.

The New Republic afirmó que las acusaciones de censura eran una “patraña” y sostuvo que “no es lo mismo censurar que defender los niveles de calidad”. *A Nation on Trial* fue bien recibido por los principales historiadores del holocausto nazi, incluidos Raul Hilberg, Christopher Browning e Ian Kershaw. Estos mismos estudiosos rechazaron unánimemente la obra de Goldhagen; Hilberg considero que no tenía “ningún valor”. ¡Niveles de calidad!

Observemos, por último, la pauta que se establece: Wiesel y Gutman dieron su apoyo a Goldhagen; Wiesel respaldo a Kosinski; Gutman y Goldhagen apoyaron a Wilkomirski. Busquemos la relación que hay entre los participantes: así es la literatura del Holocausto.

⁴⁸ Daniel Jonah Goldhagen, «Daniel Jonah Goldhagen Comments on Birn», *German Politics and Society*, verano de 1998, p. 88, 91n2. Daniel Jonah Goldhagen, «The New Discourse of Avoidance» , n25 (www.Goldhagen.com/nda2html).

⁴⁹ Hoffmann fue el director de tesis de Goldhagen, tesis que luego se convertiría en *Hitler's Willing Executioners*. Lo que no le impidió saltarse olímpicamente el protocolo académico para escribir una encomiástica reseña del libro de Goldhagen *para Foreign Affairs*, ni tampoco declarar, en una reseña posterior para la misma revista, que *A Nation on Trial* era una obra “execrable”. (*Foreign Affairs*, mayo/junio de 1996 y julio/agosto de 1998.) Maier envió una prolja comunicación a la web H-German (www2.H-net.msu.edu). En definitiva, los únicos “aspectos de la presente situación, que Maier juzgaba “realmente desagradables y reprobables” eran las críticas contra Goldhagen. Así pues, comprendía “que hubiera premeditación” en el litigio entablado por Goldhagen contra Birn y deploraba que mis argumentos fueran “especulaciones caprichosas e incendiarias”. (23 de noviembre de 1997.)

Exageraciones aparte, nada demuestra que la corriente negacionista del Holocausto tenga más influencia en Estados Unidos de la que pueda tener la asociación de defensores de que la tierra es plana. Considerando la cantidad de disparates que produce diariamente la industria del Holocausto, lo extraño es que haya tan *pocos* escépticos. No es difícil descubrir los intereses a los que obedece la propagación de la idea de que quienes niegan la existencia del Holocausto son una legión. En una sociedad saturada de Holocausto, ¿cómo se podría justificar la aparición de más museos, libros, planes de estudios, películas y programas dedicados a él si no fuera invocando el fantasma de la negación del Holocausto? Así, por ejemplo, el Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington abrió sus puertas a la vez que se publicaba el celebrado libro de Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust*⁵⁰, y también los resultados de una encuesta, ineptamente redactada, del CJA, según los cuales la negación del Holocausto es un fenómeno muy extendido⁵¹.

Denying the Holocaust es una versión actualizada de los opúsculos sobre el “nuevo antisemitismo”. Con objeto de documentar la negación generalizada del Holocausto, Lipstadt cita una serie de extravagantes publicaciones. Su *pièce de résistance* es Arthur Butz, un don nadie que da clases de Ingeniería eléctrica en la Northwestern University y que ha publicado un libro *titulado The Hoax or the Twentieth Century* en una editorial desconocida. Lipstadt titula el capítulo dedicado a tal personaje así: “Adentrándonos en las principales corrientes de opinión”. Si no fuera por Lipstadt y otros como ella, nadie habría llegado a tener noticia de la existencia de Arthur Butz.

⁵⁰ Nueva York, 1994. Lipstadt es catedrática de Estudios sobre el Holocausto en la Emory University y recientemente ha pasado a ocupar un cargo en el Consejo Conmemorativo del Holocausto de EE UU.

⁵¹ La redacción de la pregunta de la encuesta del CJA, en la que se utiliza una doble negación, prácticamente inducía a la confusión: “Le parece posible o le parece imposible que el exterminio nazi de los judíos no ocurriera?”. El veintidós por ciento de los encuestados respondieron: “Me parece posible”. En otras encuestas realizadas con posterioridad, en las que la pregunta se planteó con claridad, el porcentaje de encuestados que negó la existencia del Holocausto fue casi de cero. En un estudio recientemente realizado por el CJA en once países se llegó a la conclusión de que, pese a que desde la extrema derecha siempre se sostenga lo contrario, “son pocas las personas que niegan el Holocausto”. (Jennifer Golub y Renae Cohen, *What Do Americans Know About The Holocaust?*, The American Jewish Committee, 1993; «Holocaust Deniers Unconvincing-Surveys», *Jerusalem Post* (4 de febrero de 2000].) Sin embargo, al testificar ante el Senado con respecto al “antisemitismo en Europa”, David Harris, del CJA, puso de relieve la importancia que la negación del Holocausto tiene para la derecha europea, y no menciono ni una sola vez que el propio CJA había descubierto que esa opinión apenas si tiene resonancia entre el común de las gentes. (Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Senado de los Estados Unidos, 5 de abril de 2000.)

Ahora bien, a Bernard Lewis si puede considerársele un destacado representante de la corriente negacionista del Holocausto. Hasta el punto de que un tribunal francés le declaro culpable de negarse a aceptar que se había producido un genocidio. Mas el genocidio cuya existencia negaba Lewis era el de los armenios cometido por los turcos durante la primera guerra mundial, y no el genocidio nazi de los judíos; además, Lewis es partidario del Estado de Israel⁵². Este tipo de negación del holocausto no despierta ninguna animosidad en los Estados Unidos. Turquía es aliada de Israel, y eso atenúa aun más cualquier cargo en su contra. Por lo tanto, mencionar el genocidio armenio es tabú. Elie Wiesel y el rabino Arthur Hertzberg, así como el CTA y el Yad Vashem, se retiraron de una conferencia internacional sobre el genocidio celebrada en Tel Aviv porque sus organizadores incluyeron en el programa sesiones sobre el caso armenio. Wiesel llegó incluso a tratar de boicotear la conferencia por su cuenta y riesgo y, según Yehuda Bauer, intentó convencer a otras personas para que no asistieran⁵³. Actuando a instancias de Israel, el Consejo del Holocausto de EE UU eliminó prácticamente toda referencia a los armenios en el Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington, y los grupos de presión judíos del Congreso impidieron que se celebrara una jornada en recuerdo del genocidio armenio⁵⁴.

Poner en tela de juicio el testimonio de un superviviente, denunciar el papel jugado por los colaboradores judíos, insinuar que los alemanes sufrieron durante el bombardeo de Dresde o que algún Estado que no fuera el alemán cometió crímenes durante la segunda guerra mundial son, en opinión de Lipstadt, pruebas que demuestran la fuerza de la corriente negacionista del Holocausto⁵⁵. E insinuar que Wiesel se ha beneficiado de la industria del Holocausto, o incluso ponerlo en entredicho, equivale a negar la existencia del Holocausto⁵⁶.

⁵² Véase "France Fines Historian Over Armenian Denial", *Boston Globe*, 22 de junio de 1995, y «Bernard Lewis and the Armenians», *Counter - punch*, 16-31 de diciembre de 1997.

⁵³ Israel Charny, «The Conference Crisis. The Turks, Armenians and the Jews», *The Book of the International Conference on the Holocaust and Genocide. Book One: The Conference Program and Crisis*, Tel Aviv, 1982. Israel Amrani: "A Little Help for Friends", *Haaretz* (20 de abril de 1990) (Bauer). Según la excéntrica versión de Wiesel, su negativa a participar en la conferencia se debió a que no quería "ofender a nuestros invitados armenios". Es de suponer que sus intentos de boicotear la conferencia y de convencer a otros para que no asistieran también estuvieron motivados por el deseo de ser cortés con los armenios. (Wiesel, *And the Sea*, p. 92.)

⁵⁴ Edward T. Linenthal, *Preserving Memory*, Nueva York, 1995, pp. 228 ss., 263, 312-313.

⁵⁵ Lipstadt, *Denying*, pp. 6, 12, 22, 89-90.

⁵⁶ Wiesel, *All Rivers*, pp. 333, 336.

Las variantes más “insidiosas” de la negación del Holocausto, indica Lipstadt, son las “equivalencias morales”; es decir, la negación de la singularidad del Holocausto⁵⁷. Las simplificaciones de este razonamiento no dejan de ser inquietantes. Daniel Goldhagen argumenta que los actos cometidos por los serbios en Kosovo “en esencia sólo se diferencian de los de la Alemania nazi por sus dimensiones”⁵⁸. Este comentario haría que, “en esencia”, Goldhagen se sumara a las filas de quienes niegan el Holocausto. Es más: los comentaristas israelíes de todo el espectro político compararon los actos cometidos por los serbios en Kosovo con los ataques dirigidos por los israelíes contra los palestinos en 1948⁵⁹. Así pues, de acuerdo con la lógica de Lipstadt, Israel cometió un Holocausto. Ni siquiera los palestinos mantienen esa acusación.

No toda la literatura revisionista carece de valor, aun cuando la ideología o los motivos de quienes la practican sean denigrantes. Lipstadt acusa a David Irving de ser “uno de los portavoces mas peligrosos del negacionismo del Holocausto” (por esta y otras afirmaciones, Lipstadt ha perdido recientemente en Inglaterra un juicio entablado contra ella por difamación). -Ahora bien, Irving, notorio admirador de Hitler y simpatizante del nacionalsocialismo alemán, ha hecho, no obstante, tal como señala Gordon Craig, una contribución “indispensable” a nuestro conocimiento de la segunda guerra mundial. Tanto Arno Mayer, en su importante estudio sobre el holocausto nazi, como, Raul Hilberg citan publicaciones donde se niega la existencia del Holocausto. “Si estas personas quieren hablar, dejémosles que hablen -observa Hilberg-. Es un acicate para aquellos que investigamos con objeto de analizar de nuevo lo que podríamos haber dado por sentado. Y eso nos resulta útil”⁶⁰.

⁵⁷ Lipstadt, *Denying*, capítulo II.

⁵⁸ “A New Serbia», *New Republic*, 17 de mayo de 1999.

⁵⁹ Véanse, por ejemplo, Meron Benvenisti, «Seeking Tragedy», *Haaretz* (16 de abril de 1999), Zeev Chafets, «What Undergraduate Clinton Has Forgotten», *Jerusalem Report* (10 de mayo de 1999), y Gideon Levi, “Kosovo: It is here”, *Haaretz*, (4 de abril de 1999). (Benvenisti limita la comparación con los serbios a las acciones israelíes posteriores a mayo de 1948.)

⁶⁰ Arno Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, Nueva York, 1988. Christopher Hitchens, «Hitler's Ghost», *Vanity Fair*, junio de 1996 (Hilberg). Véase una valoración ecuaníme de Irving en Gordon A. Craig, “The Devil in the Details”, *New York Review of Books*, 19 de septiembre de 1996. Después de calificar con acierto las observaciones de Irving sobre el holocausto nazi de “obtusas y fácilmente desestimables”; Craig, no obstante, continua diciendo: “Sabe más del nacionalsocialismo que la mayoría de los profesionales de su área, y los estudiosos de los años 1933-1945 deben más de lo que están dispuestos a admitir a su energía como investigador y a la amplitud y el vigor de sus publicaciones [...]. Su libro *Hitler's War* [...] continúa siendo el mejor estudio sobre la segunda guerra mundial desde el punto de vista alemán y, como tal, es indispensable para todos los estudiosos del conflicto [...]. Así pues, las personas como David Irving desempeñan una función indispensable en la empresa histórica y no nos atrevemos a desdeñar sus opiniones”.

El Día Conmemorativo del Holocausto, que se celebra todos los años, es un acontecimiento nacional. Los cincuenta estados patrocinan actos conmemorativos, cuya planificación se hace a menudo en las cámaras legislativas estatales. La Asociación de Organizaciones del Holocausto cuenta con más de cien miembros en los Estados Unidos. Siete grandes museos del Holocausto salpican la geografía estadounidense. La pieza clave de esta actividad conmemorativa es el Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, ubicado en Washington.

Lo primero que debemos preguntarnos es por qué tenemos un museo del Holocausto, creado por iniciativa federal y financiado públicamente, en el centro neurálgico de la nación. Su presencia en el Washington Mall resulta particularmente incongruente, dado que allí no existe ningún museo que conmemore los crímenes cometidos a lo largo de la historia estadounidense. Imaginemos las lamentaciones y acusaciones que aquí se entonarían si Alemania construyese un museo nacional en Berlín para conmemorar no el genocidio nazi, sino la esclavitud estadounidense o el exterminio de los nativos de América del Norte⁶¹.

“El museo pretende por todos los medios evitar cualquier intento de adoctrinamiento -escribió el proyectista del museo del Holocausto-, toda manipulación de las impresiones y las emociones”, y, sin embargo, el museo se vio inmerso en la política desde su concepción hasta su culminación⁶². En vísperas de una campaña de reelección, Jimmy Carter puso en marcha el proyecto con el objetivo de aplacar a los contribuyentes y votantes judíos, exasperados porque el Presidente hubiese reconocido los “derechos legítimos” de los palestinos. El presidente de la Conferencia de Presidentes de las Grandes Organizaciones Judías Estadounidenses, el rabino Alexander Schindler, estimó que el reconocimiento de los derechos humanos de los palestinos por parte de Carter era una iniciativa “escandalosa”. Carter anunció el proyecto del museo mientras el primer ministro Menachem Begin estaba en visita oficial en Washington y a la vez que en el Congreso se libraba una encarnizada batalla sobre la propuesta de la Administración de vender armas a Arabia Saudí. En el propio

⁶¹ Con respecto a los intentos fallidos de erigir un museo nacional afroamericano en el Washington Mall, realizados entre 1984 y 1994, véase Fath Davis Ruffins, “Culture Wars Won and Lost, Part II: The National Africanamerican Museum Project”, *Radical History Review* (invierno de 1998). El senador de Carolina del Norte Jesse Helms fue quien acabó por dar el golpe de gracia a esta iniciativa del Congreso. El presupuesto anual del museo del Holocausto de Washington es de cincuenta millones de dólares, treinta de los cuales salen de las arcas federales.

⁶² Sobre la historia del museo, véanse Linenthal, *Preserving Memory*, Saidel, *Never Too Late*, esp. caps. 7, 15, y Tim Cole, *Selling the Holocaust*, Nueva York, 1999, cap. 6.

museo afloran otras cuestiones políticas. Con objeto de no ofender a un poderoso grupo de votantes, el museo pasa por alto los orígenes cristianos del antisemitismo europeo. Resta importancia a las discriminatorias cuotas de inmigración que se aplicaban en EE UU antes de la guerra, exagera el papel desempeñado por los estadounidenses en la liberación de los campos de concentración y silencia por completo el nutrido reclutamiento de criminales de guerra nazis que EE UU llevo a cabo cuando terminó la guerra. El mensaje básico que el museo transmite es que “nosotros” no podríamos haber concebido, y mucho menos cometido, actos tan malvados. El Holocausto “va en contra del carácter estadounidense”, observa Michael Berenbaum en la guía del museo. “En su perpetración, vemos una violación de todos los valores estadounidenses esenciales.” Al concluir su exposición permanente con escenas de supervivientes judíos esforzándose por entrar en Palestina, el museo difunde la consigna sionista según la cual Israel era la “respuesta adecuada al nazismo”⁶³.

La politización comienza aun antes de que se traspase el umbral del museo. El edificio esta ubicado en la Plaza de Raoul Wallenberg, un diplomático sueco a quien se rinden honores porque rescató a millares de judíos y al final fue a parar a una cárcel soviética. Pero al conde Folke Bernadotte, compatriota de Wallenberg, no se le recuerda porque, aunque también él rescató a millares de judíos, el ex primer ministro israelí Isaac Shamir ordenó que se le asesinara por ser “pro-árabe”⁶⁴.

El punto crítico de la orientación política del museo del Holocausto radica en quienes son los conmemorados. ¿Fueron los judíos las únicas víctimas del Holocausto?, ¿o cuentan también como víctimas otros que perecieron en la

⁶³ Michael Berenbaum, *The World Must Know*, Nueva York, 1993, pp. 2, 214. Omer Bartov, *Murder In Our Midst*, Oxford. 1996, p. 180.

⁶⁴ Se encontrará más información en Kati Marton, *A Death in Jerusalem*, Nueva York, 1994, cap. 9. En sus memorias, Wiesel alude al “legendario pasado ‘terrorista’ “ de la persona que cometió materialmente el asesinato de Bernadotte, Yehoshua Cohen. Adviértanse las comillas de ‘terrorista’. Wiesel, *And the Sea*, p. 58. El museo del Holocausto de Nueva York, no menos empantanado en tejemanejes políticos (tanto Ed Koch, el alcalde, como Mario Cuomo, el gobernador, trataron de atraerse con el los votos y el dinero judíos), fue asimismo desde el principio un juguete en manos de los constructores y financieros judíos de la zona. En cierto momento, las empresas constructoras presionaron para que se minimizara el peso de la palabra Holocausto en el nombre del museo por miedo a que devaluara los valores inmobiliarios de una urbanización de lujo vecina. Los bromistas comentaban que la urbanización debería llamarse “Torres de Treblinka” y las calles adyacentes “Avenida de Auschwitz” y “Bulevar de Birkenau”. El museo solicito fondos a J. Peter Grace pese a que se sabía que estaba relacionado con un criminal de guerra nazi convicto, y organizó una fiesta en The Hot Rod – “La Comisión Conmemorativa del Holocausto de Nueva York le invita a pasar la noche bailando el rock and roll”. (Saidel, *Never Too Late*, pp. 8, 121, 132, 145,158, 161, 191, 240.)

persecución nazi?⁶⁵. Durante las diversas fases de planificación del museo, Elie Wiesel (junto con Yehuda Bauer, del Yad Vashem) lideró la ofensiva en pro de conmemorar exclusivamente a los judíos. Wiesel, considerado como el “experto indiscutible en el periodo del Holocausto”, batalló tenazmente para que se tuviera en cuenta la preeminencia de los padecimientos judíos. “Como siempre, comenzaron por los judíos -salmodiaba en su línea característica-. Como siempre, no se contentaron con los judíos»⁶⁶. Y, sin embargo, la realidad es que las primeras víctimas políticas del nazismo no fueron los judíos, sino los comunistas, y las primeras víctimas del genocidio nazi tampoco fueron los judíos, sino los discapacitados⁶⁷.

Justificar la exclusión del genocidio gitano fue el mayor reto que hubo de afrontar el museo del Holocausto. Los nazis asesinaron sistemáticamente ni más ni menos que a medio millón de gitanos, con lo que las pérdidas proporcionales son aproximadamente equivalentes a las del genocidio judío⁶⁸. Yehuda Bauer y otros escritores del Holocausto sostenían que los gitanos no cayeron víctimas de la misma masacre genocida que los judíos. Por otra parte, respetados historiadores del holocausto, como Henry Friedlander y Raul Hilberg, han argumentado lo contrario⁶⁹.

⁶⁵ En palabras de Novick, esta es la controversia de los «seis millones» versus los “once millones”. Al parecer, la fuente de la cifra de los cinco millones de muertos civiles no judíos fue el celebre “cazador de nazis” Simon Wiesenthal. Novick señala que dicha cifra “es inconsistente desde el punto de vista histórico”, y añade que “cinco millones es una cifra o bien muy baja (si corresponde a todos los civiles no judíos muertos por el Tercer Reich o bien muy elevada (si corresponde a los grupos no judíos que, como estos, fueron designados como blanco de los asesinatos)”. Ahora bien. Novick se apresura a precisar que, (ciertamente, lo importante no son las cifras en sí, sino saber qué queremos decir; a que nos referimos, cuando hablamos del “Holocausto” “. Curiosamente, tras realizar esta advertencia, Novick se muestra partidario de conmemorar exclusivamente a los muertos judíos, ya que la cifra de seis millones “describe algo específico y determinado”, en tanto que la cifra de once millones es “inaceptablemente inconsistente”. (Novick, *The Holocaust*, pp. 214-226.)

⁶⁶ Wiesel, *Against Silence*, vol. III, pp. 162, 166.

⁶⁷ Con respecto a los discapacitados como primeras víctimas del genocidio nazi, véase esp. Henry Friedländer, *The Origins of Nazi Genocide*, Chapel Hill, 1995. Según Leon Wieseltier, los no judíos que perecieron en Auschwitz “tuvieron una muerte inventada para los judíos [...]. Fueron víctimas de una “solución” diseñada para otros” (Leon Wieseltier, “At Auschwitz Decency Dies Again”, *New York Times*, 3 de septiembre de 1989). No obstante, tal como lo demuestran numerosos estudios serios, la muerte inventada para los alemanes discapacitados fue la que luego se infligió a los judíos; además del estudio de Friedländer, véase, por ejemplo, Michael Burleigh, *Death and Deliverance*, Cambridge, 1994.

⁶⁸ Veánse en Guenter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford, 2000, pp. 221-222, diversas estimaciones del número de gitanos asesinados.

⁶⁹ Friedländer; *Origins*: “Además de a los judíos, los nazis asesinaron a los gitanos europeos. Definidos como un grupo racial de “piel oscura, los hombres, mujeres y niños gitanos no pudieron eludir su destino de víctimas del genocidio nazi [...]. El régimen nazi exterminó sistemáticamente sólo a tres grupos de seres humanos: los discapacitados, los judíos y los gitanos» (XII-XIII). (Además de ser un historiador de primera categoría, Friedländer estuvo preso en Auschwitz) Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985 (tres volúmenes), vol. III, pp. 999-1000. Con su habitual veracidad, Wiesel asegura en sus memorias que se sintió muy defraudado porque el Consejo Conmemorativo del Holocausto, que él presidía, no incluyera a un representante gitano..., como si no hubiera estado en su mano designarlo. (Wiesel, *And the Sea*, p. 211.)

Los motivos ocultos que explican que el museo marginara el genocidio gitano son muy diversos. En primer lugar: la pérdida de una vida gitana y de una vida judía eran sencillamente incomparables. A la vez que calificaba de “quijotada” la pretensión de que en el Consejo Conmemorativo del Holocausto de EE UU se incluyera una representación gitana, su director ejecutivo, el rabino Seymour Siegel, ponía en duda que los gitanos “existieran” en cuanto pueblo: “Debería otorgarse algún tipo de reconocimiento al pueblo gitano... si es que tal cosa existe”. Luego reconocía, no obstante, que para ellos “hubo un factor de sufrimiento bajo el dominio nazi». Edward Linenthal recuerda la “profunda desconfianza” que los representantes gitanos sentían hacia el Consejo, desconfianza “alimentada por la clara evidencia de que algunos miembros del Consejo encaraban la participación gitana en el museo igual que una familia se enfrenta a unos parientes inoportunos y embarazosos”⁷⁰.

En segundo lugar, reconocer el genocidio gitano supondría que los judíos perderían sus derechos exclusivos sobre el Holocausto, con la consiguiente pérdida de “capital moral”. En tercer lugar, si los nazis habían perseguido por igual a gitanos y a judíos, el dogma de que el Holocausto señalaba el clímax de un milenio de odio gentil contra los judíos dejaría de ser defendible. Asimismo, si la envidia gentil espoleó el genocidio judío, ¿fue también la envidia la que provocó el genocidio gitano? En la exposición permanente del museo, las víctimas no judías del nazismo reciben una atención meramente simbólica⁷¹.

Por último, la trayectoria política del museo del Holocausto también ha sufrido la influencia del conflicto entre israelíes y palestinos. Antes de ser director del museo, Walter Reich escribió un panegírico sobre la fraudulenta obra de Joan Peters *From Time Immemorial*, donde se asegura que Palestina estaba literalmente desierta antes de la colonización sionista⁷². Presionado por el Departamento de Estado, Reich se vio forzado a dimitir después de negarse a invitar a Yasser Arafat, convertido en condescendiente aliado estadounidense, a visitar el museo. Al teólogo del Holocausto John Roth se le ofreció el cargo de subdirector y posteriormente se le obligó a

⁷⁰ Linenthal, *Preserving Memory*, pp. 241-246, 315.

⁷¹ Pese a que el Museo del Holocausto de Nueva York tenía una orientación particularista judía» (Saidel) aún más pronunciada -a las víctimas no judías del nazismo se les advirtió de antemano de que era “sólo para judío”-, Yehuda Bauer montó en cólera cuando la Comisión aludió a la posibilidad de que el Holocausto abarcara a más víctimas que las judías. “Si la situación no se modifica inmediata y radicalmente -amenazaba Bauer en una carta a los miembros de la Comisión-. aprovecharé la menor oportunidad para [...] atacar esta ultrajante intriga desde toda plataforma pública a mi disposición.» (Saidel, *Never Too Late*, pp. 125-126, 129, 212, 221, 224-225).

presentar la dimisión debido a las críticas que había emitido contra Israel en otros tiempos. Al rechazar un libro al que el museo había dado en un principio su visto bueno y explicar el cambio de opinión en razón de que incluía un capítulo escrito por Benny Morris, destacado historiador israelí crítico con Israel, Miles Lerman, presidente del museo, reconoció: “Sería inconcebible colocar al museo en el bando opuesto a Israel”⁷³

Después de los terribles ataques lanzados por Israel contra el Líbano en 1996, que culminaron con la masacre de más de un centenar de civiles en Qana, el columnista de *Haaretz* Ari Shavit comentaba que Israel había podido actuar con impunidad porque tienen “la Liga Anti-Difamación [...] y el Yad Vashem y el museo del Holocausto”⁷⁴.

⁷² Para ampliar información, véase Finkelstein, *Image and Reality*, cap.2.

⁷³ “ZOA Criticizes Holocaust Museum’s Hiring of Professor Who Compared Israel to Nazis” *Israel Wire*, 5 de junio de 1998. Neal M. Sher, “Sweep the Holocaust Museum Clean”, *Jewish World Review*. 22 de junio de 1998. “Scoundrel Time” *PS- The Intelligent Guide to Jewish Affairs*, 21 de agosto de 1998. Daniel Kurtzman, “Holocaust Museum Taps One of Its Own for Top Spot”. *Jewish Telegraphic Agency*. 5 de marzo de 1999. Ira Stoll, “Holocaust Museum Acknowledges a Mistake”, *Forward*, 13 de agosto de 1999.

⁷⁴ Noam Chomsky. *World Orders Old and New*. New York, 1996, pp. 293 – 294 (Shavit).